

PARA "ARTE Y ANTIGÜEDADES"  
ATT. SUSANA NEGRI

## CARLOS VIDAL: EL ARTISTA COMO MÉDÍUM

por Patricia Delmar, Madrid

Carlos Vidal, respira por sus poros pintura al óleo. La paleta mexicana corre por su sangre mientras juega cada día de su vida a distintas aventuras que él mismo se propone desafiar. Nacido en Chiapas, -una región mexicana ahora tan nombrada por sus infortunios históricos- Carlos Vidal optó hace más de diez años por Europa, sin que ello haya modificado su espíritu mágico, enraizado con su ancestral cultura . Primero llegó a Roma, con una beca de post-grado; quería vivir en un país donde no entendiese la lengua, y luchar con la comunicación. Luego pasó temporadas entre París, diversas ciudades alemanas y la mediterránea Ibiza. Por fin se asentó en Madrid, con un cúmulo de vivencias. Tras numerosas exposiciones en España y el extranjero, este pintor viajero que va siempre vestido como pintado por sí mismo, y luce algún sombrero que su mujer, Charo Iglesias, le ha diseñado con amor, es un artista singular.

Y Vidal, es sinónimo de vital, porque así es su obra en el color y en las formas. Un artista que además de desarrollar un quehacer incansable es un gran conversador, gusta de la palabra. En una esquina de Madrid, nos encontramos para intercambiar una serie de conceptos sobre su trayectoria, a un paso de su partida para Monterrey, al norte de México, donde hará su próxima exposición, en la galería Ramis Barquet.

P.D. - ¿Cómo ha sido el desarrollo de tu lenguaje pictórico en estos últimos años?

C.V.- Es complicado este desarrollo. Yo siento que mi trabajo pictórico tiene un lado oscuro para mí. Empiezo a darme cuenta del resultado meses después de haber terminado los trabajos, con lo cual la comprensión de ellos ocurre a posteriori. De ahí que mi trabajo se realice en gran parte en base a la intuición y a un dejar hacer. Me refiero a dejar el cuadro en la medida que sientes que hay una corriente eléctrica que ha estado metida en el objeto y luego, percibes que entre tu persona y el cuadro se ha interrumpido. Entonces, ese es el momento en que dejo de trabajar.

P.D.- Y tu método de trabajo ¿ha ido cambiando?

C.V.- Desde hace tres o cuatro años he vivido un gran cambio: antes pintaba cuadro por cuadro, y hasta que no terminaba uno no empezaba otro. Eso condicionaba mucho la obra. Hoy no, empiezo uno y otro y otro, y llegado el caso, tengo que retomar un cuadro porque el taller se ha llenado de todas esas sugerencias. Hoy establezco un planteo. Siempre he sentido que mi obra está

ligada más que a la figuración, a los objetos, y a los sujetos entendidos como objetos, es decir, entendidos como pretextos para llevar a cabo el trabajo pictórico. He tenido épocas en que mi obra era aparentemente abstracta, pero yo no lo he considerado así.

P.D.- En tu obra aparecen siempre elementos concretos, como ocurre con las series de las "Tauromaquias" o las "Pipas de fumar", ¿los más recientes cómo han surgido?

C.V.- En estos dos casos que mencionas, tan específicos, había un tema que me había impuesto y desarrollé. A diferencia de lo que me sucede hoy, que aunque hay otro tema, por ejemplo en la exposición que llevo ahora a México, pretendo ser yo: es mi cuerpo disgregado. Trozos de mi cuerpo que componen el cuadro, pero con una particularidad que es muy importante, y es que en todo lo que hago últimamente aparecen elementos o figuras con los que me encuentro. No me abstraigo solo en mi tema del trabajo, sino que se contamina con estos rudimentos con los que me encuentro en la calle, en el metro , en un periódico o en una revista. Están presentes hoy en mi trabajo, y eso lo ha modificado.

P.D.- ¿Te consideras un artista urbano? ¿Crees que el contexto de la ciudad se ha ido integrando en tu obra?

C.V.- Siento que soy un hombre urbano, no me gusta el campo. No disfruto del campo. Puedo gozar del campo una tarde, pero sería incapaz de vivir en él. Me asombro cuando me encuentro con pintores que hablan de la luz del campo, de sus colores, de los olores, incluso. A mí me atraen las luces de neón, los periódicos -soy un gran lector de periódicos, ¡necesito y leo tres al día!- Soy un animal de ciudad.

P.D.- Carlos, y en cuanto al color que ha sido siempre protagonista en tu obra, ¿piensas que ha ido modificando su presencia?

C.V.- Exactamente, ha ido cambiando el tratamiento del color. Ahora tengo muchos para pintar. Me recuerdo siempre con el amarillo, el rojo y el azul, toda la vida. Esa sí ha sido una constante. Hace días me hicieron un encargo, me sugirieron que pintara un cuadro en negro. Y yo dije que no, además, tendría que ir a comprarlo, no tengo negro en mi taller, eso ha sido siempre así. Lo que sí ha cambiado también es la forma de emplear la materia, ahí se ha revolucionado mi color. De hecho, creo que es la primera vez que he podido ensuciar los colores. Este es un deseo que tenía desde hace tiempo y estaba pendiente de cumplir. Y encuentro que es muy complicado, pero hoy he podido encontrar ésto que le da una nueva dimensión a mi obra. Un color como un amarillo de cadmio limpio, al lado de colores sucios, dinamiza el resultado de una manera extraordinaria. En este sentido, creo que éste ha sido el cambio más fuerte en mi obra en cuanto al color.

P.D.- ¿Consideras que tu trabajo podría englobarse dentro de las corrientes actuales mexicanas o sientes que estás alejado de lo que allí ocurre a nivel de pintura?

C.V.- Es una pregunta que resulta difícil por varias razones. Por un lado, yo voy poco a México. Me atrevería a decir que mi trabajo está integrado, pero con ciertos artistas mexicanos. Por otro lado, hay un renacer en México de ciertas corrientes, hay un *boom* del mexicanismo, de revisar etapas de la escuela mexicana. En ese punto, no estoy muy informado. Siento que lo de los nacionalismos es y no es. Es, porque de alguna manera, estás marcado por el sitio donde naciste; pero no es, porque es tan importante todo lo que te sucede como lo que no te sucede. Entonces, no me atrevería a decirte que mi trabajo es mexicano. Pienso que el artista tiene que ir descubriendo esas voces antiguas que posee, que deben de salir a flote. Entonces cuando uno lleva a cabo alguna acción, algún viaje, o cuando se enamora, todo eso es lo que va construyendo el trabajo personal. Si uno viaja, como en mi caso, que me he ido a vivir fuera de México, alguna razón importante ha habido por la que yo he hecho eso. No se cuál es, tampoco me interesa buscarla, sólo se que la había. Como cuando me he casado o me he vuelto a casar, en fin, se que había algo que me ha llevado a hacerlo. Lo importante es que todo eso va permeando tu obra, y que tarde o temprano debe ayudar a rescatar esa memoria ancestral que tenemos, y donde ahí sí nos emparentamos todos y llegamos a ese concepto de pintura, donde tú dejas de existir, el género, la nacionalidad, la edad e incluso hasta la época. Porque yo creo que es intemporal el buen hacer del pintor.

P.D.- ¿Cómo es tu planteo de trabajo? ¿Preelaboras un concepto antes de pintar o te dejas guiar intuitivamente y vas manchando la tela?

C.V.- Yo dibujo mucho, me gusta dibujar. Hago pequeños dibujos -ahí sí en negro, curiosamente-, con tinta china, no suelo usar color cuando dibujo. Y una vez que dibujo -me puedo pasar muchos días dibujando- guardo lo que he hecho, pues no soporto tener los dibujos presentes, no me gusta verlos. Aunque lo he intentado. Es que yo trabajo de una forma angustiosa, y he tratado de eliminarla y entonces he reunido mis apuntes y los he puesto al lado de una tabla y he tratado de trabajar a partir de ellos. Y no. Yo necesito trabajar forzosamente a partir del error, creo que mi trabajo se construye a partir del error. Comienzo a trabajar y tiene que surgir una mancha, y siento que sucede como cuando un niño hace una travesura y sabe que lo que está haciendo está mal. Yo hago una mancha lo más absurda posible, o un tramado o una cuadrícula o pinto las orillas de la tela, es decir algo absurdo. Entonces, eso me inquieta y me molesta. Ahí hay una provocación, veo que esa mancha es horrible y que hay que modificarla y es allí cuando surge algo. No pensando, creo que cuando estoy pintando no pienso. Trato de no pensar, trato de pintar.

P.D.- Y cuando te detienes a mirar lo que has hecho?

C.V.- Cuando me siento frente a un cuadro y visualizo e imagino lo que puede seguir a continuación, empiezo a pintar otro cuadro, o a distraerme o a leer una revista o un periódico. Dejo que se establezca una comunicación entre la pintura y yo. Y, ¿qué es lo que pasa?, pues que ésto lleva una carga de angustia por un lado, de desasosiego, y por otro lado, se necesita mucho coraje. Me impresiona porque todo el mundo me dice que mis cuadros son amables y alegres y yo, pienso que son terribles.

P.D.- Yo también encuentro un resultado feliz en tu obra, y veo que contiene una presencia importante de poesía muy relacionada al mundo de los símbolos y los signos.

C.V.- Pues sí, justamente hace unos días estuvo un amigo pintor, (Manuel Bouzo) en mi taller y al enseñarle unos cuadros con unos rodamientos que había encontrado y que pinté, él me dice que ve allí símbolos aztecas. Cuando me lo dijo, me di cuenta que llevaba razón, en sí son símbolos aztecas -aunque para mí eran rodamientos-. Son las dos cosas, porque ahí está el juego, nunca nada podrá ser una cosa. La pintura siempre tiene que llevar a preguntarse estas cuestiones. En mi caso, me gustaría que los cuadros no se terminaran, que quedara ese prurito, que permitiera un seguimiento.

P.D.- Y en cuanto al espíritu mágico que hay en tu tierra, tan arraigado a la cultura mexicana, ¿has vivido alguna experiencia significativa en este sentido?

C.V.- Como sabes, nací en Chiapas, un pueblo con muchas culturas ancestrales. La magia, el paganismo y la religión están presentes en la vida de la gente. En Chiapas, hay un sitio donde todo está vivo. Recuerdo una vez que me despertaron a las cuatro de la madrugada y me dicen si quiero comer pescado. Lo que ocurría es que había que ir a pescar juntos para luego comerlo. Mi infancia estuvo llena de toda esta magia cotidiana. Incluso de la otra magia, de la más fuerte y malévola. Sin embargo, esta última, sí es una magia en la que a mí no me dejaban entrar. Recuerdo preguntándole a mi Nana algunas cosas que quería saber sobre eso, y ella me decía que no, "tú no tienes nada que saber, este tema no te interesa". Y es muy fuerte, Me mantenían al margen, porque sabían que si abrías esa puerta era para entrar y asumir, y era mejor no abrirla. Debido a eso, creo que la vida está llena de esos actos de magia, esos *clics* que te suceden, que te llevan de un sitio a otro. Creo que siempre tenemos que escuchar esas voces, algo que se ha perdido mucho. Incluso en España -con estos años de consumismo, comunidad, automóviles, se ha perdido mucho esa magia- Yo siento que es un elemento que está presente en la vida de todos, y más en uno. Creo que un pintor sin magia no vale. Quiza', esos pintores que usan computadoras, no les interese la magia. A mí me aburren horrores. Si no ¿cómo te explicas el inicio de un cuadro? O su desarrollo, es para dar miedo. Creo que ponerse a pintar debe dar miedo. A veces, me pregunto, si el pincel no va, qué pasa si un día te sientas frente al cuadro y haces ese absurdo de manchas y

luego, afortunadamente, te viene ese término de la angustia o ese miedo. Y luego, el otro término grande, que sería la magia, ese personaje que te susurra al oído: haz esto, haz lo otro. ¡Que es real! En México, recuerdo a colegas que decían, "este cuadro me lo han dictado!". Y es que es cierto... Yo reivindico esto, al pintor como médium, como chaman. Como una persona que está abierta.

P.D.- Dime tres artistas clásicos de la historia significativos para tí.

C.V.- Velázquez, Goya y Picasso. Selección muy española, por cierto. Si tuviera que quedarme con un cuadro, elegiría un Velázquez, sin lugar a dudas.

P.D.- ¿Y artistas mexicanos?

C.V.- Orozco, en primer lugar. Es más, yo me asombro cómo algunos cuadros que he pintado me recuerdan a Orozco. Y es lo que hablábamos antes. Tan escondido tiene uno estas imágenes. Yo hace diez o quince años que no he visto esos murales y sin embargo, han quedado. Frida Khalo, sería otra maravillosa pintora. Y Toledo, entre los contemporáneos.

Terminamos nuestra charla revisando la situación del arte latinoamericano en el ámbito internacional. Ambos coincidimos en la desigual presencia. Vidal reconoce mayor interés entre los artistas europeos por lo que sucede en América Latina, por conocer otras culturas, otros países. Con respecto a México, subraya la importancia de lo económico y su influencia en la difusión y en el interés por promoverlo. Económicamente está subiendo y hay una mayor atención en crear un mercado. Pero no hay suficiente información ni exposiciones que promuevan lo que se hace en Nicaragua o en Ecuador, no conocemos nada. Y en España tampoco se conoce lo que se hace en África, y está aquí al lado. Los dos pensamos en que resta mucho por hacer. Carlos Vidal se despide con una pincelada en el aire. Quizá pronto también visite Buenos Aires. Un viaje pendiente para el artista viajero de mágicos colores.